

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 23

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).  
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.  
D.L. 2017-07453  
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## NATALIA IGUÍÑIZ

«NO CREO POSIBLE UN GRAN CAMBIO INTEGRAL. SE PUEDE IR EMPUJANDO EN CIERTAS DIRECCIONES. TENEMOS QUE AVANZAR HACIA LA TOLERANCIA CERO A LA DISCRIMINACIÓN Y VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES Y LO FEMENINO».

He crecido con la idea de que el mundo puede y debe cambiarse, principalmente con la idea de acabar con la pobreza y la injusticia. No sé si di un paso o han sido influencias que se han ido superponiendo y complementando. El hogar en el que nació: mis papás son parte de una generación no solo peruana sino internacional, de un momento de efervescencia, de la idea de revolución de mayo del 68, de la revolución cubana. Y ellos, particularmente, militaban en partidos de izquierda que en ese momento eran clandestinos. Había una mística muy fuerte de que había que cambiar el mundo, que había que hacer la revolución, desde que nació. No era que mis papás me decían: «Esto es lo que hay que hacer». Eran cosas que uno percibía.

Desde que tengo uso de razón hay reuniones políticas en mi casa. No dije: «voy a entrar a la política», pero tampoco he imaginado mi vida haciendo las cosas que hicieron mis padres. Además, en muchas cosas, trato de hacer lo opuesto. Ellos descuidaron muchos aspectos de la vida cotidiana, fueron absolutamente ascetas y vivieron una vida medio clandestina, de revolucionarios, a pesar de que no sé cuánto los perseguían o no, pero ellos vivían una vida así. Entonces, yo me he comprado el rollo, pero también lo he sufrido. He vivido mucha precariedad, en varios niveles, por esa apuesta.

Me he comprado el rollo a medias, en el sentido de que hay una parte de mí que reniega de muchas cosas que se hicieron, pero creo en el espíritu, en esa idea de que el mundo no está ahí para que simplemente nos adaptemos, lo sobrevivamos o le saquemos provecho, sino que está ahí para cambiar lo que está mal en él —aunque suene un poco cliché—, para combatir la injusticia. También es verdad que mis papás no solamente son parte de una generación de izquierda, sino que además había una cosa católica muy fuerte. Todas las navidades, toda la vida, la hemos pasado con Gustavo Gutiérrez. La apuesta por los pobres no era una apuesta, como mal se dice,

de unos caviars, porque realmente todo el grupo con el que he crecido es gente que ha vivido muy sencillamente. Y no solo por opción sino porque andaban tan metidos en la política que no tenían un real para vivir. Eso me lo he apropiado a mi manera.

Pienso que sí hay que vivir bien, me gusta la buena vida, me gusta comer rico. Soy mucho más hedonista de lo que fueron mis padres. Reivindico algo que no estaba muy claro en el discurso: un lugar para los afectos, las relaciones interpersonales. El feminismo no era algo que estaba presente en el discurso de ellos. El gusto, el placer, el goce no eran cosas que estaban en ese discurso; si bien, en alguna medida, sí en la práctica, no en el discurso cotidiano. Es más, hasta el día de hoy, cuando hay algo que puede ser suntuoso es mal visto. Pero, en general, la dimensión del mundo de la intimidad, de la crianza, del cuidado, del goce, del placer, toda esa dimensión ha sido un aprendizaje para todos en la familia; para mí esos son aspectos fundamentales de la vida.

Con mi trabajo artístico se me hace más clara la diferencia entre encajar o sobrevivir en este mundo y tener, además, la oportunidad de proponer e influir, aunque sea en muy pequeña escala. Considero que el arte es una forma de conocimiento cuando estás buscando ampliar lo conocido, abrir nuevas ventanas, pensar en cosas que no han sido pensadas antes o que no lo han sido de determinadas maneras. En esa concepción, el arte es algo que cuestiona, que crea, que inventa, que busca nuevas formas. He tenido influencia de muchos artistas que han transformado el mundo y nuestra percepción de este, como Jorge Eduardo Eielson, Carmen Ollé, Blanca Varela, Juan Javier Salazar, Herbert Rodríguez, Susana Torres, Gilda Mantilla, para citar algunos peruanos. Así como Bárbara Kruger, Frida Kahlo, Cindy Cherman, Tania Bruguera... y feministas que son una inspiración permanente: Simone de Beauvoir, Virginia Woolf, Mary Wollstonecraft, Adrienne Rich, Julia Kristeva, Luisa Muraro, Judith Butler, Elisabeth Badinter, Marta Lamas, Marcela Lagarde, Rocío Silva Santisteban, Maria Emma Mannarelli, Patricia Ruiz Bravo...

Trato de vivir en consecuencia con lo que profeso y pienso, lo cual no es fácil. Mi trabajo artístico en general refiere a aquellas contradicciones que este esfuerzo conlleva, a las zonas grises entre lo que pienso, deseo y hago. En mi caso, el trabajo artístico lo que plantea es proponer cosas, más allá de que lo logre o no. Por ejemplo, he trabajado durante diez años el tema de la maternidad en el arte; hice mi tesis de maestría sobre eso. La idea es que los discursos hegemónicos sobre la maternidad se hacían o desde la madre desnaturalizada o desde la madre idealizada de la publicidad. En mi experiencia, como madre, había encontrado que me faltaban referentes, en términos de cómo pensar una maternidad un poco más compleja, ambivalente. Me he dedicado en mi propio trabajo artístico a generar imágenes, a recopilar imá-

genes de otros artistas y de otras fuentes, para ampliar eso. Yo misma trato de llevar mi maternidad de una manera que tiene que ver tanto con una investigación teórica, con una situación práctica de la maternidad en la vida cotidiana y también con una respuesta artística. Esa mezcla, que puede saturar a veces y que absorbe, creo que viene de lo militante y por eso te envuelve.

Para mí no hay, pues, esa separación tan clara que, a veces, a uno le parece ver en otras personas: una cosa es la vida y otra cosa es el trabajo. Cuando veo gente que va a su trabajo —por más que el trabajo, cualquier tipo de trabajo, puede ser creativo—, me cuesta asimilar la idea de que hagan el trabajo cotidiano y después tengan su vida. En mi caso —y en el de mucha gente, supongo— están mezcladas las dos cosas y se vuelven como apuestas que tienen un correlato entre la propuesta artística y la búsqueda de consecuencia en eso que intentas ampliar.

Así como un conocimiento médico —la penicilina— puede cambiar el mundo, el poder hablar como Carmen Ollé habla de la masturbación femenina, de las cosas que le dan asco y de las cosas que le dan placer, genera un cambio. Para las personas que podían pensar que eso era algo que no se podía sentir o hablar, de pronto se abre una ventana. Para mí, poetas como ella han abierto ventanas, han cambiado la percepción de las mujeres sobre su propio cuerpo, y supongo que la de los hombres también. En el arte hay maneras de entretener y llegar a mucha gente para generarles un espacio estético, un entretenimiento. Pero también hay artistas, de diversa índole —así como científicos, humanistas, en todas las materias—, que están buscando entrar a estos lugares más desconocidos u oscuros. Necesitamos ampliar la idea de cómo se construye el conocimiento y reconocer la importancia de pensar de manera colectiva.

«LIMA ES UNA CIUDAD EN LA QUE HAY  
MILES DE MANIFESTACIONES  
CULTURALES, EN CADA DISTRITO,  
Y CADA VEZ HAY MÁS ORGULLO.  
PERO CREO QUE EL MAYOR PROBLEMA  
ESTÁ EN QUE ESAS CULTURAS  
DIVERSAS SE RELACIONEN,  
SE ENCUENTREN, SE POTENCIEN».

---

Desde que comencé a pintar, cuando estudiaba en la universidad, empecé con una perspectiva muy autorreferencial. Eso me fue llevando a darme cuenta de que esas cosas que sentía, pensaba y me pasaban, no me pasaban solo a mí. Les pasaban a mis amigas, a muchas mujeres, como cosas específicas que podían pasarles a las mujeres. Pero no es que diga que mi trabajo es sobre las mujeres y para las mujeres, solamente. Esa es una constante que trabajo entre otras cosas.

Muy vinculado a eso, pero no exclusivo de mujeres, es el trabajo doméstico. He trabajado mucho con el Sindicato de trabajadoras del hogar, haciendo fotografía y varias cosas sobre el trabajo doméstico. Del tema de la maternidad tampoco hablo como algo exclusivo de mujeres; es una cuestión que también puede ser compartida por varones. También he trabajado temas de memoria: trabajé en la curaduría de las salas permanentes del Lugar de la Memoria. Me interesan cuestiones de ciudadanía, de derechos humanos en general. Trabajo sobre situaciones complejas, como el tema del trabajo doméstico, que no solo es un tema de mujeres sino también es un tema racial y de clase.

Felizmente, se está empezando a horadar esta idea de que hay una alta cultura y una baja cultura. Si pensamos en el término cultura estamos hablando de la manera de relacionarnos, de pensarnos. Y no es un asunto de que se democratice, sino de reconocernos en nuestra diversidad de culturas. En las artes visuales, desde los años setenta, pero cada vez más como sentido común, se cuestiona esta idea de artesanos y artistas, que siempre vincula los artesanos a algo más tradicional y estático. En la música hay mucha gente que intenta que las cosas permanezcan como eran y que no seamos conscientes de que la cultura más ancestral —así como la cultura que venga de distintas influencias mundiales o internacionales— y todo está en permanente cambio. Me da la impresión de que estamos ampliando lo que entendemos como cultura, que ya no es música clásica y ballet. Hay un reconocimiento de la cultura viva, aunque no sé qué tanto. Lima es una ciudad en la que hay miles de manifestaciones culturales, en cada distrito, y cada vez hay más orgullo. No veo gente que se esconda porque baile una danza tradicional ayacuchana; conozco gente que lo lleva con mucho orgullo. Pero creo que el mayor problema está en que esas culturas diversas se relacionen, se encuentren, se potencien.

No soy una experta en el tema, pero mi impresión es que la idea de cultura está mucho más diversificada. Lo que no sé es si en algún nivel en el Perú está reconocida la cultura como un elemento fundamental para la vida. La falta de presupuesto del Ministerio de Cultura y de cada municipio del país muestra que no se entiende la cultura ni es una prioridad el tema cultural. Y la falta de institucionalidad no permite acumular conocimiento, reconocer, difundir, compartir lo suficiente. El arte en el Perú aún es un territorio de entusiastas y, salvo pocas excepciones, los avances

en formalizar se dan más vinculados al mercado que a una visión de la cultura como central para el desarrollo, el cambio y la felicidad.

Con el activismo feminista la idea de transformación se vuelve en mí permanente y cotidiana... Esto es ya una forma de vida. Sí se puede generar una conciencia mayor sobre un problema como el patriarcado que es estructural, pero también sobre algo más específico dentro del patriarcado, que es la extrema violencia hacia las mujeres. Creo que ha sido impresionante el nivel de respuesta que Ni Una Menos ha tenido, no porque la marcha haya generado esa conciencia de un día para otro, sino porque el tema se venía empujando por muchos años.

Feminismo hay en el mundo desde las sufragistas y antes. En el Perú hay antecedentes feministas como Clorinda Matto de Turner. Cada vez hay más mujeres con acceso a la educación, a los cargos de decisión y, como todo el mundo anda conectado, se ve que también hay mujeres gobernando el mundo —aunque no hay paridad— y mujeres que tienen influencia en diversos aspectos. Tenemos los estudios de género y el trabajo de las ONG feministas. También hay un movimiento internacional cada día más fuerte y que empieza a articularse.

Con la marcha contra la violencia el paso que se dio es que no se pensara que esos temas son asuntos solo de feministas. Planteamos en la marcha que esto es una plataforma abierta, amplia: lo único que nos une es decir «basta ya» a la violencia y a la discriminación contra las mujeres. Así se logró que mucha gente, que podía no tener militancia feminista ni mucho menos, sintiera que esa violencia existente la toca y que tenía ganas de decir «basta». Un tema que normalmente ha sido entendido como doméstico, privado —con esa «conveniente» separación entre lo público y lo privado—, ha tenido una manifestación pública tan grande —algunos calculan que ha sido una de las marchas más grandes que ha habido en la historia del Perú—, que además fue descentralizada, porque se ha dado en unas treinta ciudades del país. Ha habido un quiebre de lo que se reclama públicamente para un tema que no es característicamente público-político, sino que está malentendido como algo privado o doméstico.

La marcha mostró que sí se puede. Cuando la planeábamos, pensábamos que iba a ser una marcha más y después vimos cómo fue adquiriendo una dimensión distinta, con apoyos desde el Estado —que se comprometió a dar ciertas garantías de seguridad—, desde la empresa privada y desde múltiples colectivos, sindicatos y asociaciones. La organización no fue de un grupito sino que se generaron muchas organizaciones que a su vez convocaban a la marcha, hacían su propio material para la marcha y tenían su propia dinámica. En algunos barrios se organizaron brigadas para que acompañaran a las mujeres que llegaban tarde a sus casas.

Se pudo romper la idea de que esos eran temas privados o temas de las entendidas en el tema. En otros momentos de la vida, con otras amigas hemos soñado hacer algo así. Tampoco es que uno lo hace, sino que se da en un momento histórico dado: la indignación por el video de esta chica, Arlette Contreras, jalada de los pelos, ese grado de violencia filmado... Esta analogía se usa bastante seguido: para este tema fue como el vladivideo y lo pasaron repetidas veces en la televisión, en todos los horarios. Cuando se supo que este tipo no iba a ir ni un día a la cárcel, se generó una indignación enorme.

Finalmente, la marcha sí tuvo un carácter feminista en el sentido de que fue una manifestación política en contra de la violencia y discriminación contra la diversidad de mujeres. En la banderola inicial iban sobrevivientes de violencia y familiares de víctimas, pero entre ellas había víctimas de violencia homofóbica, mujeres «trans». La marcha no era totalmente neutra: sí había una apuesta por reconocer la diversidad de mujeres y las violencias dobles y triples que viven muchas por la homofobia, el racismo o la pobreza.

Pero este tema ya no es un tema solo de feministas, ni es un tema solo de las familias de las víctimas, como pasa respecto del conflicto interno armado, que todavía hay gente que lo considera un tema de los familiares de los desaparecidos, esto es, un tema que está ligado a cuán cerca has podido estar de alguna víctima; si no, no es un tema tuyo, como debiera serlo porque es un tema nacional, de todos. En este caso, es un tipo de violencia tan extendida, tan transversal a la sociedad peruana y mundial, y con tantas formas, que toda mujer —y creo que muchos hombres— tienen historias que contar al respecto. Una alta ejecutiva me decía: «Natalia, la gente cree que soy directora porque me he acostado con tal y tal».

Ni Una Menos queda como una especie de inspiración; está ahí, pero adquiere muchas formas. Se han abierto montones de plataformas, en webs, en Facebook, en todas partes, que tienen sus propios objetivos. Pienso que había una tierra fértil y el grupo que convocó a la marcha plantó una semillita, pero en realidad mucha gente ha plantado sus propias semillas. Nadie tiene toda la información ni mucho menos el control sobre todo lo que se hace a nombre de Ni Una Menos. Se abrieron espacios de testimonios; hay miles de testimonios en un grupo cerrado de Facebook —con sesenta o setenta mil personas—, donde muchas mujeres han contado sus historias de violencia. Ahí hay un gran material para entender los distintos matices y experiencias. Pero también creo que hay un camino en la articulación regional que se está dando. Viene un momento fértil por todas esas iniciativas inspiradas en Ni Una Menos, porque obviamente el terreno estaba ahí, y van a dar algunos frutos.

«SE HA LOGRADO EN TÉRMINOS DE  
UN CIERTO ‘PROGRESO’ QUE LA  
HUMANIDAD NO AVALE FORMALMENTE  
LA ESCLAVITUD. HAY QUE DAR EL PASO,  
Y ES UN PASO IMPORTANTE: QUE LA  
HUMANIDAD NO AVALE LA VIOLENCIA  
CONTRA LAS MUJERES. Y ESO VA  
A TOMAR TIEMPO».

---

Una máxima feminista —justamente contraria a esa separación que se ha hecho históricamente entre lo que es público y lo que es privado— es que lo que pasa en tu casa, lo que pasa en tu cama, lo que pasa en tu mente son cosas que también son políticas. Y no solo lo que pasa en la calle, en el Estado, en la vida pública política, más masculina en general. Esa máxima lo que intenta decir es que también hay política en esas maneras que tenemos de vivir; esos discursos con los que convivimos no solamente están en el Congreso de la República y en los debates; también están en la vida cotidiana, en la vida íntima. En mi caso hay un cuestionamiento de ciertas cosas en la crianza de mis hijos, en mi relación de pareja, en la comida, en ese nivel, en lo más micro.

Sabemos que puede haber cosas que son terribles, pero las tenemos naturalizadas. Por ejemplo, ahora existe esclavitud; cuando vemos a niños, mujeres y otras personas en Madre de Dios, con la minería ilegal, podemos decir que tienen regímenes de esclavitud, pero la esclavitud no es legal en el mundo o en casi todo el mundo. Ese es el quiebre que tenemos que lograr, que legalmente —y lo que entendemos como la autoridad, lo público, lo institucional— no se avale la violencia. Se ha logrado en términos de un cierto «progreso» que la humanidad no avale formalmente la esclavitud. Hay que dar el paso, y es un paso importante: que la humanidad no avale la violencia contra las mujeres. Y eso va a tomar tiempo. Todavía hay un margen en el cual nuestro ser más racional avala la violencia.

La campaña «Con mis hijos no te metas» es una respuesta importante, que revela que en el Perú hay todavía un sector conservador muy fuerte. Tienen su gente en el Congreso, un ala católica representada por Cipriani en su asociación con grupos de poder económico y mediático. Tienen poder. Creo que hay un grupo grande que tiene el poder, que en un momento puede decir que está de acuerdo con Ni Una Menos, pero su apuesta en general es una apuesta mucho más conservadora, de no cambiar el *statu quo*.

Cuando se habla del fin de las ideologías, pienso que no hay un fin sino que ha ganado una, la de capitalismo, la del consumismo y está tan extendida, tan naturalizada —por lo menos en países como el Perú— que el bienestar material, ligado a una legítima sobrevivencia en mucha gente, se ha vuelto como la moneda de intercambio. En mucha gente la idea de cambiar se ha constituido en una manera de tener. El tener se ha vuelto muy importante. Lo digo como alguien a quien le gusta tener; no me estoy desmarcando: «ellos son los consumistas, yo no». No. Pero sí creo que esa ideología ha triunfado, se ha instalado y llega a ser perversa. Tan es así que cuando uno escucha la radio o ve la televisión y va a haber un aviso político contratado, te dicen que te van a pasar propaganda política. Cuando te pasan propaganda comercial nadie te dice nada. Y el mismo narrador de noticias, que te está contando una noticia verídica o un partido de fútbol que está jugándose en ese momento, te dice: «este es un gol de Aceros Arequipa». Estamos en una sociedad de consumo, de comercio, es lo que impregna nuestra manera de relacionarnos, nuestras concepciones de la vida y de lo que es el éxito. Insisto: todo esto no lo digo como alguien ajeno a esa realidad. Sentirte parte de una sociedad pasa por el ser un consumidor de ciertas cosas, tener acceso a ciertas cosas, algunas muy básicas y válidas, pero siento que esto va más allá y deja poco espacio para otras cosas.

El mundo cambia constantemente, pero no creo posible un gran cambio integral, definitivo y articulado. Somos muchos y muy diversos. Pienso que se puede ir empujando en ciertas direcciones; podemos ir ampliando sustantivamente los discursos sobre lo femenino. Tenemos que avanzar hacia la tolerancia cero a la discriminación y violencia contra las mujeres y lo femenino. También creo que hay mucho oscurantismo sobre la sexualidad y en general sobre la libertad de las personas. El capitalismo neoliberal, los regímenes totalitarios y los fundamentalismos nos han llevado a una situación de desprecio de la vida. Urge buscar maneras de resolver los conflictos de manera no sangrienta, como dice Gianni Vattimo, y urge redistribuir los recursos sin destruir el planeta. Son cosas muy grandes, pero desde lo simbólico hay un gran poder de transformación, así como de perpetuar lo que hay. Los cambios culturales son cuestiones complejas y en ese territorio tan específicamente humano se juega mucho. Ahí me interesa trabajar.

Creo que así como cada persona toma cientos de decisiones que abonan en un sentido u otro y pueden generar cambios, también hay un gran reto para grupos, instituciones, empresas o donde nos relacionemos. Me interesan aquellos proyectos artísticos o ciudadanos que trascienden los grupos de convencidos, informados, entendidos. Siempre me ha interesado salir de los circuitos cerrados. A nivel de distrito, región o país la cosa es más compleja, pero el movimiento Ni Una Menos es un ejemplo de cómo es posible traspasar diversos tipos de fronteras con un objetivo común.

«EL TRABAJO EN EQUIPO ES DIFÍCIL.  
CUANTO MÁS GRANDE IMAGINES  
QUE VA A SER EL GRUPO DE TRABAJO,  
DE REFERENCIA, LA SENSACIÓN DE  
QUE ES IMPOSIBLE CAMBIAR LAS  
COSAS ES CADA VEZ MÁS GRANDE».

---

Es difícil decir cuáles son los mayores obstáculos; podría decir cosas en general, como la desidia, la ignorancia, el narcisismo, la falta de solidaridad, de compasión... pero sabemos que la mayoría vivimos con un grado de egoísmo y de búsqueda de comodidad. Cómo no confundir esto con el desprecio hacia la vida de los demás, los prejuicios sobre las personas, el menosprecio de las palabras.

Frente a mis padres he defendido lo individual, lo íntimo, lo cotidiano, lo doméstico, como un espacio fundamental para cambiar el mundo, pero también para el goce personal. Lo que me doy cuenta ahora, sea donde trabajo, sea con los grupos con los que organizo cosas, es que tenemos una gran dificultad —no sé si todo el mundo, pero por lo menos los peruanos— de pensar colectivamente. El trabajo en equipo es difícil, el trabajo en grupo es difícil, el gobierno de una localidad es difícilísimo. Cuanto más grande imagines que va a ser el grupo de trabajo, de referencia, la sensación de que es imposible cambiar las cosas es cada vez más grande. Además veo la dificultad que tenemos para reconocernos unos a otros, en la parte del trabajo que cada uno hace.

Me da la impresión de que hay sociedades donde las cosas están un poquito más repartidas en cuanto a posibilidades de tener una vida más decente. En países pobres, como el Perú, como es difícil tener acceso a las cosas más básicas de la vida, la sensación es que para que yo tenga, debo atrasar a otro. No podemos tener los dos, hay muy poco; tanto en cuanto al poder como a los recursos, de todo hay muy poco. Me parece que falta —es algo que he experimentado como difícil para nosotros— pensar que todos podemos conseguir las cosas. Acá hay la idea de que si tú tienes, para tenerlo yo tengo que quitártelo, no podemos tener los dos.

Qué difícil es, en el feminismo, en la izquierda, en todas partes, entendernos como parte de un grupo donde nos vamos ayudando, nos vamos fortaleciendo en reconocernos, en apoyarnos. Una cosa que es poco común, es algo que usan los gringos, que es tu mentor: alguien que es mayor y te ayuda, te pasa su experiencia, para que no tengas que caminar el mismo camino que hizo él o ella e ir hacia adelante.

Eso, a nivel personal y grupal, creo que nos falta mucho. No lo hay institucionalmente. Cada ministro que entra, cada alcalde o alcaldesa, es como todo de nuevo. Estoy exagerando, pero algo de eso hay. No sé si eso es una cosa que solo se da en el Perú, pero sí es algo que lo vivo mucho.

Hay muchas razones para el desaliento; sin embargo, también hay grandes avances y mucha vitalidad en sectores importantes de la población mundial. No es un mundo deprimido donde nadie quiera tener hijos y nos suicidemos masivamente, por lo menos no de manera muy consciente. El feminismo es una gran revolución. En muchos lugares del mundo, la vida de las mujeres hace solo un siglo era radicalmente otra. Y si bien hay arremetidas conservadoras, será difícil que se pueda sostener —por lo menos a nivel de discurso, lo que ya es un avance— que las mujeres estamos supeditadas a los varones. En todo el mundo está avanzando la conciencia de no ser ciudadanas de segunda, con menos derechos y libertades, y sujetas a más violencias. El reto es llevar esto a la práctica y ese reto es colectivo, además de individual. No serán cambios de un día para otro, pero cada día cuenta en un mundo en el que violan, matan y discriminan a mujeres todos los días. Esta situación que es mundial, a la que llamamos patriarcado, se agrava en situaciones de pobreza, corrupción, racismo y homofobia.

Hay utopías para mí terribles, como la que lleva a miles de jóvenes a ISIS. No tengo tan, tan clara la idea de una utopía; de hecho crecí con la de un mundo más justo y equitativo y esa permanece, pero ha ido aterrizando y concretándose en pequeños grandes objetivos, más ligados ahora al feminismo y al poder transformador de la cultura.

Nunca he militado con carnet en ningún partido, pero he participado como personera en varios procesos electorales. Me siento, en un sentido amplio, «de izquierda». Uno no lo piensa, pero lo que va pasando es que me voy identificando. Desde niña, mis papás me daban polos de «Cuba va», el Partido de los Trabajadores, la Revolución Sandinista, y escuchaba a Silvio Rodríguez. Uno puede romper con eso, decepcionarse e ir en contra. Pero, en mi caso, hay algo de eso que permanece. Cuando veo las cosas que pasan en Cuba, sufro. Hay una parte de mí que sufre: por qué tiene que ser un régimen así. Que no hayan encontrado formas de vivir sin represión, de encontrar canales más democráticos y participativos, que haya habido persecución, que no haya libertad de expresión, de prensa. Y la prostitución infantil, que no sé si es muy diferente a otros lados. Lo que ha pasado en Nicaragua es terrible.

Cuando tenía veintisiete años participé en el lavado de la bandera. ¿Militar en un partido? No lo sé. Cuando Verónica Mendoza apareció como una figura política con cierto respaldo popular, no voy a negar que me ilusionó. Y en algún momento dije: «Ya, me meto al Frente Amplio». Después, como ha pasado históricamente,

empezaron los problemas o se hicieron más evidentes los problemas internos que tenían y, claro, eso espanta a cualquiera. Te da cólera ver que la historia se repite una vez más. Entonces, es una mezcla de que personalmente no me hallo ahora con todas mis energías, con que me aburro porque eso lo he vivido desde niña. Y enfrascarme en discusiones eternas, en asambleas interminables... No, no es algo para lo que quiero dar tiempo ahora.

Tampoco voy a negar que también dentro de la organización de Ni Una Menos hay algo —creo que es un poco simplista como lo voy a decir— que tiene la izquierda peruana que conozco y tienen los movimientos feministas ligados a la izquierda: estas disquisiciones acérrimas, que te llevan a enconos, a diferencias enormes, cuando afuera están pescando a río revuelto los fujimoristas o los que profesan el odio. Eso me desespera. Soy una persona un poco más práctica, quizás no soy tan rigurosa, pero no tolero un «principismo» poco pragmático. Siento que los problemas son demasiado grandes como para que hagamos tanto énfasis en lo que nos diferencia y no en lo que nos debería unir para sacar adelante una opción política más progresista.

No sé bien qué piensan los jóvenes, en general, en el Perú. No creo que se pueda poner en un mismo saco a toda la juventud peruana ni mundial. Dado el descrédito que tiene la política, meterse en política se ve como corrupción. Lo veo en mucha gente, incluso en gente joven. Si bien hay escuelas de líderes y hay colegios que hacen la publicidad de «tu hijo o tu hija va a ser un líder», ese liderazgo entendido más positivamente no alude a un liderazgo político sino a un liderazgo ligado a un éxito económico, un liderazgo en el sector empresarial, que en su versión de clase más alta son los empresarios. Pero todos aspiran, de alguna manera, a ese tipo de éxito, a ese tipo de liderazgo en la sociedad, el del empresario. Ahí hay un giro, porque antes el liderazgo se entendía como más político.

En mi propio trabajo artístico, en mi propia militancia feminista tengo necesidad —y creo que es lo justo— de reconocer a quienes han hecho antes y de hacer explícito cómo las cosas que planteo, las hago en relación al conocimiento de otra gente, a la influencia de otras personas, en diálogo con otras. Eso ahora me interesa hacerlo explícito, sin tenerle miedo al liderazgo, porque si tengo que salir y hablar, lo hago; si tengo que firmar algo con mi nombre, lo hago. Pero siempre debo hacer muy explícito que esto se halla en relación con los otros, en colaboración con los otros, que es así como alguien puede salir adelante. Lo digo por cosas muy cotidianas: vemos a Paolo Guerrero o a Juan Diego Flórez, pero no vemos qué familia tuvo, qué hizo la mamá, qué vida tiene la esposa que viaja con él a todas partes, tendemos a ver la punta, pero no a concebirnos como grupos que hacen posibles ciertas cosas.

Supongo que el feminismo tiene futuro; lamentablemente, también tienen futuro esos grupos conservadores que capturan a grandes grupos de la juventud. Tengo la impresión —quizá sea un poco optimista—, que sí vamos a ir avanzando en temas de mujeres. Mi idea es que así como se abolió la esclavitud, en algún momento muchas de las premisas del patriarcado se van a terminar aboliendo. No sé cuánto tiempo tome eso, no sé si la raza humana terminará antes, pero me da la impresión de que hay un cierto avance, no en una visión lineal de la historia sino en una visión de discontinuidad, donde hay cosas que pueden ir apareciendo, desapareciendo o tomando más fuerza en determinados momentos. Me parece que estamos en un cambio y me da la impresión de que los avances son más que los retrocesos.

Pienso que las grandes ideas que buscan erradicar la pobreza, el machismo, la homofobia y el racismo deben volverse sentido común desde la casa, la escuela, las políticas públicas y, en gran medida, en los medios de comunicación, las redes sociales y la publicidad. Hay que usar los canales desarrollados para vender y consumir, a fin de generar una convivencia más justa y menos violenta.

Mi compromiso es con mi vida, mi familia, mis amigos, con mis estudiantes, con las instituciones y grupos donde trabajo, con las personas que combaten cada día el sexismo, el racismo y la pobreza, aquí en el Perú y en todo el mundo. He aprendido que lo personal es político; que, salvo algunas excepciones, no hay buenos y malos; que todos llevamos heridas y que siempre podemos cambiar. Es difícil pensar en un balance, pero en el péndulo tiendo a la esperanza, a pensar en todo lo que sí hay y todo lo que sí se puede hacer, en lo que puedo hacer y gozar mientras viva.